

ños tópicos, brasileños para ojos europeos, brasileños que asumían sin la menor ironía, sin el menor sentimiento del ridículo, su papel de brasileños de postal.

## PUERTO RICO

Meses atrás, a raíz de un viaje a Puerto Rico, comenté en TRIUNFO un espectáculo que llenaba uno de los teatros de San Juan: «Puerto Rico ¡Fua!». Comedia musical, se plantea la necesidad de emplear un lenguaje directo para hacer pensar al pueblo llano de San Juan sobre su condición colonial.

«Puerto Rico ¡Fua!» no fue bien entendido en Nancy por la «minoría». A buena parte de ella le pareció una especie de folklore de izquierda, de revista política facilona, sin tener la menor idea del clima cultural de Puerto Rico y de la dificultad de llegar con el teatro al gran público. Para mí, el hecho de que el Teatro del 70, que así se llama el grupo, haya dejado a Dürrenmatt para intentar crear un espectáculo sobre la realidad puertorriqueña, utilizando las claves que pudieran hacer más comunicativo su trabajo, me parece un paso importante en la lucha del país por crear un teatro que, además de propio y arraigado en el sentimiento de independencia nacional, no se quede en los medios políticos y culturales minoritarios.

En todo caso, la presencia de «Puerto Rico ¡Fua!» en la gran sala Poirrel —uno de los dos teatros a la italiana utilizados por el Festival— aclaró hasta qué punto la comunicación teatral es un hecho que vertebra todos los factores. La lejanía cultural y política entre el espectáculo y el público, la existencia de claves no compartidas, de significaciones entendidas superficialmente por los espectadores de Nancy, no sólo afectaba a la comprensión temática del trabajo, sino que se proyectaba, muy negativamente, sobre su armonía formal, sobre la razón última de su lenguaje.



«Resistencia», del venezolano Edilio Peña.

## VENEZUELA

Otro trabajo totalmente ligado al debate político de Latinoamérica. Su tema es el estudio de las «relaciones de dependencia», pero sin caer en la prédica ni el panfleto, que tantas veces lastran este teatro. El texto de «Resistencia», de Edilio Peña, se ha publicado en el número 176 de «Primer Acto», en unión de una serie de trabajos y entrevistas que aclaran la significación de la obra dentro del joven teatro latinoamericano. Frente a las formulaciones maniqueas, que no dejan al espectador más papel que el de asentir a las conclusiones del drama-

turgo —mucho más morales que políticas—, «Resistencia» es una obra bastante más compleja, que exige de actores, directores y espectadores una actitud inquisitiva y recreadora. La pieza es tremendamente clara en sus propósitos, pero no es obvia. Y eso, tratándose de un texto sobre la tortura y la lucha política popular, es difícil e importante.

La estructura de «Resistencia» recuerda un poco la de «Las criadas», de Genet, que tan vasta influencia ha ejercido a través de dramaturgos, como Jorge Díaz, José Triana, Fernando Arrabal y tantos

otros. Los actores se desdoblaron, aunando el juego con la realidad, el concepto político que encarnan con la verdad vivencial de sus sucesivos personajes. La estilización interviene lo preciso para desalojar la truculencia del documento fotográfico, sin conducir por ello a ningún intelectualismo.

Presentada por el Nuevo Grupo, bajo la dirección de Armando Gota, «Resistencia», por el carácter de su lenguaje, fue perfectamente entendida en Nancy y constituyó la más radical de las expresiones del sentimiento revolucionario de América Latina.

## ARGENTINA

Una especie de jaula en mitad de la sala. Entre los espectadores y los actores, una tela metálica. El espacio-jaula, con los trastos precisos para recordarnos la salita de estar de una pensión. Una patrona propensa a las consideraciones puritanas y a los buenos consejos morales. Un par de hombres que esperan no se sabe exactamente qué. Y un muchacho recién llegado, a quien han enviado allí a aprender tampoco sabemos qué cosa. Poco a poco las cartas se van descubriendo. En aquella pensión, los dos hombres esperan que les manden gentes para ser torturadas. Una llamada telefónica avisa que llegan las víctimas. A partir de ese momento todo debe transcurrir con pulcritud y diligencia profesional. A los tipos que llegan se les saca toda la información que poseen, y a veces, sin querer, se les mata. Luego, otro coche se lleva los cuerpos. Y a final de mes se cobra un buen sueldo. El compromiso consiste en estar de tal a tal hora en la pensión y pechar con lo que echen.

Se titula la obra «El señor Galíndez». Y su autor, Eduardo Pavlovsky, es también un actor extraordinario. El grupo —equipo Teatro Payró, de Buenos Aires— lleva muchos años sosteniendo un repertorio crítico y luchando por hablar de la realidad argentina.

Con «El señor Galíndez» intentan colocar al espectador ante la institucionalización de la tortura. Cualquiera de nosotros, parecen querer decirnos, está a dos pasos de ser torturador o torturado. En todos nosotros existen suficientes elementos sadomasoquistas para ser utilizados por un sistema político. Los torturadores tienen familia, hablan de cosas banales, llenan su tiempo de oficina siniestra. Y el muchacho joven, el aprendiz de torturador, tiene un aire noble, y hasta es seguro que ve en su trabajo un abnegado servicio. ¿Servicio a quién? Ahí es donde, a mi modo de ver, está el gran talento de Pavlovsky. No es que la tortura pueda ser contemplada al margen del cuadro de miseria socio-política que la produce, pero lo que quiere transmitirnos el Payró es algo más visceral, más asqueroso, que una conferencia. Quiere que veamos a los personajes, que compartamos su tiempo, su espera, su miedo, su brutalidad. Quiere que las palabras entren en una realidad física, en ese punto irracional asumido como «una exigencia más» de nuestra vida cotidiana.

Y todo ello —y este sería otro de los grandes aciertos del drama— sin que aparezca ninguna escena de tortura, sino evidenciando hasta qué punto su existencia degrada de un modo permanente, más allá de los calabozos, a toda una comunidad.

## Y CHILE

No, no hubo grupos de Chile. Nadie llegó del país de Pinochet. Pero en Nancy hubo día chileno, a cargo de un grupo de actores latinoamericanos, que representaron una obra de carácter netamente político. No, no podía ser una gran obra, ni podía plantear serenamente el problema. Era un teatro de la Resistencia para recordar a todo el público del Festival que muchos actores chilenos están detenidos, que en Santiago quizá se pierde la vida por decir lo que podía decir sin el menor riesgo cualquie-

